

cos en la religion, y mirarlos con desprecio, contra el anatema de San Pablo, que llama á semejantes ámos peores que infieles: vemos por último á muchos solemnizar fiestas particulares con gran devoción, y no santificar los domingos ni atender á su justificación personal.

¿Quién en vista de esto no asegurará que tales devociones no son mas que hipocresías? Una religion tan poco ilustrada, tan inconsecuente y tan quimérica, no puede menos de ser un fantasma y una burla del verdadero cristianismo. Tienen escrúpulo de tragarse un mosquito, y se tragan voluntariamente un camello. Parece que están llenos de piedad, y no son mas que sepulcros blanqueados. Son devotos como los comediantes, que hoy hacen un papel y mañana otro, y no son lo que representan.

Hablamos contra los hipócritas con esta energía, porque vemos que Jesucristo, cuyas máximas tratamos de grabar en el corazón de nuestros lectores, lleno de dulzura con los pecadores, se muestra siempre airado con los fariseos. Los llama raza de víboras, y lo que es mas, descubre su hipocresía delante del pueblo, sin que les favorezca su sacerdocio y autoridad que nos mandó respetar. El Apóstol nos advierte que estemos vigilantes contra la seducción de alguinos, que bajo la apariencia de piedad, arruinarán al espíritu y abandonarán la verdadera doctrina de la Iglesia por recurrir á fábulas. Jesucristo, la caridad misma, sin faltar á ella, nos representa á los fariseos como simulacros de religion, y condena con vehemencia su excesiva adhesión á unas tradiciones del todo humanas y pueriles. Es increíble el mal que causan los hipócritas: "Nadie, dice San Gregorio el Grande, daña mas á la religion, que aquel que teniendo fama de santidad obra mal."

Esta pintura que hemos hecho es tan verdadera, que no habrá devoto falso que no se irrite de ella, y que quizá no tome motivo para despreciar esta lección como errónea, porque esta es la conducta de nuestros hipócritas. Jamas dejan de acusar de heregía á cualquiera que los descubre y no se deja engañar de su superchería. El hombre verdaderamente cristiano es el intérprete de la misma verdad, la imagen del orden; pero el falso devoto viene á ser un farrago de caprichos y supersticiones; de modo que en lugar de gozar de las delicias de la religion, solo goza de un humor melancólico que tiene por piedad, y de mil ilusiones que canoniza. La

obstinacion es su ley; la ignorancia su consejo, y la hipocresía su culto.

El verdadero cristiano, cuanto mas respeta la piedad, tanto mas se aparta de los que solamente tienen apariencia de ella. Quiere y con razon, que lo interior de la copa esté limpio ántes de lavarla por de fuera, y que el alma, trono del candor y la verdad, esté enteramente poseída de la pureza de la religion. Pero los falsos devotos confunden ordinariamente los abusos con la religion. Ciertas supersticiones provienen de maliciosa ignorancia, porque ordinariamente no hay gente mas ignorante que los hipócritas. En efecto, un ignorante toma un mosquito por un camello: no distingue las opiniones piadosas, de los artículos de la fé; la disciplina, del dogma; y ve ahí que se escandalizan aun del lenguaje mismo, de la verdad.

Miércoles de la segunda semana de Cuaresma.

Et, introito de la misa de este dia se tomó de los dos últimos versos del Salmo XXXVII, el que es una breve oracion, que cada cual puede hacer á Dios muchas veces al dia. Se debe advertir, que los versículos del introito de todas las misas de cuaresma pueden servir de oraciones jaculatorias muy devotas durante el dia. La misa de este dia empieza por estas palabras: Señor Dios mio, de vos solo debo esperar mi salvacion: no os retireis de mí; no me abandoneis al arbitrio de mis enemigos. Este Salmo, que empieza con estas palabras: Señor, no me juzguéis en nuestro enojo, puede mirarse como un modelo de súplicas, en la penitencia, en el tiempo de la enfermedad, y en todo género de aflicciones: es uno de los que llaman Salmos penitenciales; y era uno de los que se cantaban todos los Sábados en la Sinagoga. Se cree que David lo compuso, durante la rebelion de Absalon, reconociendo que sus pecados habian atraído sobre sí aquella desgracia. Este religioso rey, perseguido por su propio hijo, procura aplacar la indignacion de Dios, exponiéndole las penas y trabajos que ha padecido hasta allí por sus pecados, y la sumision con que los ha llevado. Implora y espera la ayuda del cielo contra sus enemigos; siempre pronto, no obstante, á aceptar nuevos castigos. Como todos los pecados son una rebelion contra

Dios, y como el pecador es un hijo rebelde contra su padre, parece que esto es lo que se propone la Iglesia, no tomando para la misa de estos dias de penitencia, sino las palabras de los Salmos que compuso David mientras la persecucion que padecia de su hijo Absalon.

La Epistola de este dia es la oracion que hizo á Dios el judío Mardoqueo, tio de Ester, reina de los Persas, por la libertad de su nacion, que estaba condenada á perecer por una orden del rey Asuero, que Aman su privado y su primer ministro habia obtenido para hacer morir á todos los judíos esparcidos por sus estados. Esta oracion fué oída; y ninguna cosa es mas propia para este tiempo de Cuaresma, que es tiempo de penitencia, y en que la Iglesia no cesa de pedir á Dios misericordia para todos los hombres, condenados á la muerte eterna por el pecado.

Mardoqueo, hijo de Fair, de la tribu de Benjamin, de la raza de Saúl, fué llevado de su pais, siendo todavía niño, y trasportado á Babilonia por el rey Nabucodonosor, con el jóven rey Jeconias, y con toda la nacion judaica. En la distribucion que se hizo de todos los cautivos, fué enviado Mardoqueo á la ciudad de Susa, capital de la Persia, en donde se domicilió con toda su familia. Tenia un hermano llamado Abihail, que tenia una hija llamada Ester, la cual quedó sin padres desde muy niña, y Mardoqueo viéndola huérfana se la llevó á su casa adoptándola por hija. Encargado de su educacion, la crió en el temor de Dios, en el amor á la religion, y en la exacta observancia de los mandamientos del Señor. Reinando Asuero entónces sobre los Persas y Médos, repudió á la reina su esposa, llamada Vasti, y determinó con el dictámen de sus cortesanos casar con otra, que no le cediese en hermosura, ni en las demas prendas y perfecciones. Se dió orden que se buscaran en todas las provincias del imperio las doncellas mas hermosas que se pudiesen hallar. Una de las muchas que llevaron al rey fué Ester; la que le agradó mas que todas; y por su orden se la dió todo lo que se juzgó necesario para su adorno, destinándole siete damas para su servicio. Mardoqueo, atendiendo ménos á la fortuna de su sobrina, que á los riesgos á que estaba expuesta en la corte, aumentó su solicitud y sus desvelos: entre los muchos saludables consejos que le habia dado, la habia encargado que no dijese era judía; pero que no por eso dejase de obrar siempre como tal. Este buen hombre pasaba casi todo el dia en el zahuan del palacio en que estaba su sobrina, para estar á la mira de lo que le sucedia. Habiéndose

presentado Ester al rey, aunque sin haber puesto cuidado en componerse, le agradó tanto que la puso la diadema en la cabeza, y la hizo proclamar reina en lugar de Vasti. Esta ceremonia se hizo en todo el imperio con gran solemnidad. El rey rebajó los impuestos, é hizo grandes mercedes al pueblo, y á los grandes de la corte el dia del casamiento; y en todas partes no se oía otra cosa, que las voces que publicaban las raras prendas y el mérito extraordinario de la reina Ester.

Su elevacion no mudó sus sentimientos por su religion, ni para con su tio Mardoqueo, el cual determinó asistir mas frecuentemente al átrio de palacio, para estar mas en disposicion de ayudarla con sus consejos. En aquel tiempo sucedió la conspiracion de los dos capitanes de guardias que resolvieron asesinar al rey, la que fué descubierta por Mardoqueo, y puesta en noticia de la reina; y habiendo sido presos los dos oficiales en el mismo dia fueron aborrecidos. Por el mismo tiempo empezó el favor de Aman, á quien el rey hizo primer ministro, y lo elevó sobre los grandes y sátrapas del imperio, mandando le hiciesen á este privado las primeras honras en la corte despues del rey. En efecto, jamas se dejaba ver Aman en público, sin que todos hincasen la rodilla ante él. Solo Mardoqueo se escusaba de hacerle este obsequio, pareciéndole que la Ley de Dios, de la cual era muy observante, no se lo permitia. Aman lo reparó con admiracion: le dijeron que no le rehusaba este honor sino porque era judío; lo cual lo irritó de suerte, que á mas de la resolucion que tomó de hacer perecer á Mardoqueo, determinó vengar tambien este menosprecio en toda la nacion judaica, que estaba esparcida en todo el reino: para lo cual formó el designio de hacer degollar en un mismo dia á todos los judíos que habia en él. No le costó mucho trabajo sacar una orden cruel del rey. Le representó que habia un pueblo aborrecido de todos los otros, esparcido por todo el reino, y poco obediente: que convenia á los intereses del estado exterminar á una nacion enemiga de las leyes y de la religion del pais: que le suplicaba mandase por un edicto les quitasen la vida en un mismo dia á todos los judíos que se encontrasen en el reino. El rey sacó de su dedo el anillo de que se servia para sellar los edictos, y se lo dió á Aman, haciéndole árbitro absoluto de todo este negocio. El cruel ministro aprovechándose de su valimiento, hizo expedir un edicto en nombre del rey para exterminar toda la nacion judaica esparcida por todo el reino: en él se mandaba á todos los

sátrapas ó gobernadores de las provincias, que hiciesen pasar á cuchillo á todos los judíos que se encontrasen en su distrito, el día 13 del mes de Adar, sin excepcion de personas, ni distincion de sexo, ni de edad.

Habiendo sabido Mardoqueo lo que contenia este cruel edicto, rasgó sus vestidos, se cubrió de un saco y puso ceniza sobre su cabeza, no cesando de llorar noche y dia, y de pedir al Señor que se compadeciese de su pueblo. Noticiosa la reina del desconsuelo en que estaba su tío, quiso saber el motivo. Mardoqueo se lo escribió; la envió una copia del edicto, y la dijo que sin perder tiempo hablase al rey y se valiese de cuantos medios la inspirase su prudencia para salvar á su pueblo. Ester le representó que estaba prohibido su pena de muerte á toda suerte de personas entrar á donde estaba el rey, sin ser llamadas por una orden expresa; que sin embargo, poniendo en Dios toda su confianza, estaba resuelta á exponer su dignidad y su vida por la salud de su pueblo; y le suplica haga juntar todos los judíos que habia en Susa, y les intime un ayuno de tres dias, pidiendo á Dios por ella. Mardoqueo ejecutó la orden de su sobrina, y en estos dias de penitencia y de devocion compuso la oracion que la Iglesia ha escogido para la Epístola de este dia. *Señor Dios, rey omnipotente, todas las cosas estan sujetas á tu poder; y nadie puede resistir á tu voluntad; si has resuelto salvar á Israel, á pesar del poder de nuestros enemigos y de las medidas que han podido tomar para perdernos, nos burlarémós de todos sus proyectos, y les saldrán inútiles todos sus designios.* La reina Ester por su parte se encerró, se vistió de luto, se cubrió de ceniza, pasó los tres dias en un ayuno continuado, y maceró sus carnes con un silicio. Después de lo cual, adornándose con cuidado, se fué á presentar delante del rey que estaba sentado en su trono; pero debilitada por el ayuno y deslumbrada con el resplandor que despedia de sí un príncipe lleno de oro y de piedras preciosas, asustada con el pensamiento de la libertad que se habia tomado de presentarse ante el rey sin ser llamada, aun no bien lo habia visto, cuando sobreco-gida de la magestad de un príncipe, cuya sola vista causaba temor, cayó desmayada. El rey asustado y enternecido, bajó de su trono, la sostuvo en sus brazos, hasta que se hubo recobrado un poco, la dió mil seguridades, y haciéndola tocar la extremidad de su cetro, la dijo: "¿Qué temes, querida Ester? La ley que prohibe á todos comparecer delante de mí sin ser llamados, no habla contigo." *baj*

Vuelta Ester en sí, suplicó al rey admitiese un convite que le tenia dispuesto, pidiéndole que Aman fuese tambien á comer con ellos; despues de cuyo obsequio le diria la gracia que habia de pedirle. Aceptó el rey el convite de su esposa, y llegado el dia de él, en la misma mesa descubrió Ester al rey la traicion de Aman, y la malicia con que habia sorprendido al rey mismo para arrancarle una orden tan cruel como el exterminio de toda una nacion inocente, á la cual pertenecia ella misma. Indignado el rey mandó ahorcar á Aman en la misma hora que habia él preparado en su casa para quitar la vida á Mardoqueo, y revocó el fatal edicto de la extincion de los judíos; librando de este modo Dios á su pueblo por la virtud y heroismo de Ester y Mardoqueo.

El Evangelio de este dia contiene la prediccion que el Salvador hizo á sus Apóstoles de su pasion y muerte, y de todas las circunstancias aun las mas humillantes de que debia ser acompañada.

Habiéndose puesto en camino Jesucristo para ir á Jerusalem á celebrar su última Pascua, tomó á sus Apóstoles y les habló individualmente de todas las ignominias y tormentos que habia de padecer dentro de pocos dias en aquella capital. Ya veis, les dice, que vamos á Jerusalem: allí el Hijo del hombre será entregado y puesto en manos de los Príncipes, de los Sacerdotes, de los Doctores y de los Magistrados; los que contra toda justicia lo tratarán con la mayor infamia, y lo condenarán á muerte como á reo de delitos; y porque los romanos lo han privado del derecho de vida y de muerte, lo entregarán al árbitro de estos gentiles, para que lo traten con irrision, para que lo azoten y crucifiquen, y esto á vista de todo el pueblo; pero no os asustéis ni temáis, porque este Hijo del hombre tan maltratado, resucitará al tercer dia con todo el resplandor de su gloria.

Esta era la tercera vez que les predica su muerte; pero nunca lo habia hecho de un modo tan circunstanciado. Esta prediccion lo habia de afligir sumamente; pero era necesaria para fortificarlos contra el escándalo de su pasion: mas los Apóstoles estaban tan llenos de las ideas de gloria, de poder y de felicidad bajo que se representaban los judíos al Mestas; que todo lo que les dijo el Salvador de su pasion y de su muerte, fué para ellos un enigma del cual nada comprendieron; lo que se vió claramente por la peticion que le hicieron de las primeras sillas de su reino Jacobo y Juan, hijos del Zebedeo, por medio de su madre. Esta muger instigada de sus hijos se presentó delante de Jesucristo, lo adoró con respeto, y le su-

plício tuviese á bien que le pidiese un favor. Habiéndoselo permitido el Señor, le dijo con mucha confianza: Maestro, á lo que parece, se acerca el tiempo en que debéis entrar en posesion de vuestra gloria: cuando esteis en ella, acordaos de dar los dos primeros puestos de vuestro reino á mis dos hijos, y haced que se sienten á vuestros lados, dándoles la preferencia sobre todos vuestros discípulos. El Salvador disimuló la ternura materna, y esta pequeña ambicion que lo era en efecto; y dirigiendo la palabra á los hermanos, les hizo entender que los puestos en el cielo no se dan por el favor, ni por pura recomendacion, sino por mérito: aunque es verdad que no hay mérito alguno sin la gracia. Vosotros, añadió el Salvador, tendreis lo uno y lo otro; peleareis, vencereis, y recibireis la corona que mi Padre y yo os hemos preparado desde la eternidad. La súplica que acababa de hacer la madre de los discípulos, causó algunos celos, y aun alguna indignacion en los demas que se hallaban presentes; lo que obligó al Salvador á darles esta bella leccion de humildad, tan opuesta al espíritu del mundo, en que les declara que el medio para llegar á ocupar el primer puesto en el cielo, es tomar el último lugar en la tierra; y si se quiere ser mas grande que los otros, es preciso hacerse servidor de ellos, y mas pequeño que ellos. En esto debéis poner vuestros puntos, esta debe ser vuestra ansia y nuestra pasion. Tomad ejemplo de mí, añadió; yo debo ser vuestro modelo: yo no he venido para ser servido, sino para servir á los otros, y para dar vida á aquellos mismos que me darán la muerte.

La Epístola es del capítulo XIII del libro de Ester.

En aquellos dias: Oró Mardoqueo al Señor, diciendo: Señor, ó Señor, rey omnipotente, de tu potestad dependen todas las cosas; ni hay quien pueda resistir á tu voluntad, si has resuelto salvar á Israel. Tú hiciste el cielo y la tierra, y todo cuanto el ámbito de los cielos abraza. Tú eres el Señor de todas las cosas, ni hay quien resista á tu Magestad. Por tanto, ahora, ó Señor, Rey, ó Dios de Abraham, apiádate de tu pueblo; pues nuestros enemigos quieren perdernos y acabar con tu heredad. No menosprecies tu posesion, rescatada por tí de Egipto. Escucha mis súplicas, y muéstrate propicio á una nacion que has escogido por herencia tuya, y convierte nuestro llanto en gozo, para que viviendo alabemos, ó Señor, tu nombre; y no cierres la boca de los que cantan tus alabanzas.

El Evangelio es del capítulo XX de San Mateo.

En aquel tiempo: Yendo Jesus á Jerusalem, tomó aparte á sus doce discípulos, y les dijo: Mirad que vamos á Jerusalem, donde el Hijo del hombre ha de ser entregado á los principes de los sacerdotes y á los escribas, y le condenarán á muerte; y le entregarán á los gentiles para que sea escarnecido, y azotado y crucificado; mas él resucitará al tercer dia. Entónces la madre de los hijos del Zebedeo se le acerca con sus hijos, y le adora, manifestando querer pedirle alguna gracia. Jesus le dijo: ¿Qué quereis? Y ella le respondió: Dispon que estos dos hijos míos tengan asiento en tu reino, uno á tu derecha y otro á tu izquierda. Mas Jesus le dió por respuesta: No sabeis lo que pedis. ¿Podeis beber el cáliz que yo tengo de beber? Dícenle: Bien podemos. Replicóles: Mi cáliz sí que le beberéis; pero el asiento á mi diestra ó siniestra no me toca concederle á vosotros, sino que será para aquellos á quienes ha destinado mi Padre. Entendiendo esto los otros diez *Apóstoles*, se indignaron contra los dos hermanos. Mas Jesus los convocó á sí, y les dijo: No ignorais que los principes de las naciones avasallan á sus pueblos, y que sus magnates los dominan con imperio. No ha de ser así entre vosotros; sino que quien aspira á ser mayor entre vosotros, debe ser vuestro criado; y el que quiera ser entre vosotros el primero, ha de ser vuestro siervo. Al modo que el Hijo del hombre no ha venido á ser servido, sino á servir, y á dar su vida para redencion de muchos.

MEDITACION.

Sobre la verdadera grandeza, que es servir á Dios, y á los hombres por Dios.

Considera que, como dijo el Salvador en el Evangelio de hoy, el que quiera ser el primero y mayor entre todos, no debe aspirar á engrandecerse por sí mismo, sino que debe hacerse siervo de los demas. No sucede así en el mundo, donde no puede darse grandeza en el abatimiento ni en un estado de servidumbre; y la razon es, porque toda la grandeza del mundo consiste en mandar y no servir; pero en la religion no es así, porque la elevacion del hombre cristiano consiste en su mérito, y no en su condicion; y tanto, que en el mismo hecho de servir á sus hermanos crece y se eleva, por-

que crece su mérito, y con el mérito crece en el agrado de Dios. De aquí es que el mismo Hijo de Dios hecho hombre no se desdenó de venir á servir y sacrificarse por nosotros, como lo dice el mismo en este Evangelio: "El Hijo del hombre no ha venido á ser servido, sino á servir, y á dar su vida para redencion de muchos." ¿Y cuál es el motivo porque el Hijo de Dios no se desdena en servir á los hombres? Es, que sirviendo á los hombres, sirve á Dios su Padre; porque no sirve al hombre por hombre, sino al hombre por Dios. ¿Pues cómo el hombre vil y despreciable puede llevar á mal que se le ponga al servicio de otro hombre, cuando del mismo modo que Cristo, debe dirigir su intencion á Dios; de modo que á él sea á quien sirva en la persona de su hermano? El que no juzgue de este modo, puede asegurar que no tiene idea de la religion.

Considera que no hay envilecimiento alguno en el servicio de Dios, y semejantemente en el servicio de los hombres por Dios; porque siendo Dios el Ser Supremo, infinitamente superior á todo ser criado, no puede envilecerse éste en servir á su Dios. Lo mismo debe decirse del servicio que preste á sus hermanos, porque así como al prójimo no se le ama por sí mismo, sino en Dios y por Dios; así tampoco se le sirve por sí, sino por Dios. Aun en Jesucristo en cuanto hombre tiene lugar esta verdad; porque siendo en cuanto hombre menor que el Padre, reconoce su supremo dominio, sirviéndole y sacrificándose por la restauracion de su honor ofendido; y sirviéndole tambien en servir á los hombres; porque el último fin de este servicio que les presta no son los hombres mismos, sino Dios, que es á quien dirige todas sus operaciones como á último fin. Se da la diferencia entre Cristo y los hombres, en que estos pueden ser coactados á prestar este servicio; pero Cristo no puede ser coactado porque no es puro hombre sino hombre Dios, y en cuanto Dios es igual á su Padre. Así es que su servicio, en cuanto á no poder ser coactado, es libre y gratuito; aunque, por otra parte, no pudo dejar de prestarlo; porque por lo mismo que era un hombre Dios, su amor era de suma perfeccion; y esta perfeccion no podia darse sin llenar todos los deberes de un hombre con su Dios. Así es que lo obedece, le ora, le sirve y se sacrifica por su amor; sin que todo este servicio pueda envilecerlo, sino ántes al contrario engrandecerlo mas; ya porque la humanidad de Cristo no puede envilecerse en servir á Dios, y ya porque en servirle adquiere un mérito infinito, que lo engrandece y exalta infinitamente. ¿Pues si el mismo Hijo de Dios

hecho hombre se engrandece con sus merecimientos, podemos dudar que se engrandecerán los hombres con el mérito que adquieran en servir á Dios por sí mismo, y á sus prójimos por Dios? Es verdad que en los hombres se da una obligacion estricta bajo de pecado, y pena de condenacion eterna, á prestar este servicio; pero es tanta la bondad de Dios, que aun el cumplimiento de la mas estrecha obligacion hace que nos sirva de mérito, para recompensármolo con su gloria.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¿Quién podrá, ¡ó dulcísimo Jesus! excusarse de servir á sus hermanos, cuando tú, siendo el Dios de la magestad y el rey de la gloria, te humillaste á servir á las hombres, para darnos ejemplo y hacernos entrar en el camino de la humildad, que es el único por donde podemos subir á la exaltacion y grandeza de hijos de Dios, hermanos tuyos, herederos de Dios, y coherederos tuyos en tu reino celestial! Yo que debo á tu bondad este conocimiento que me has dado, desde luego no quiero otra grandeza mas que el servirte á tí, no solo en tí mismo, sino aun en el mas pequeño de los hombres. Este es el ejemplo que me diste, para que como tú lo hiciste, así lo haga yo: dame, Señor, la gracia necesaria para imitar tu ejemplo.

JACULATORIA.

¡Oh Señor, que yo soy tu siervo, yo tu siervo é hijo de tu esclava!

LECCION.

Sobre la utilidad de las adversidades de la vida.

Son tantas las ventajas que nos traen las adversidades de esta vida, que debiamos desearlas, y temer mucho por la salvacion de nuestras almas cuando no las padecemos; y por el contrario, llevamos una vida libre de toda tribulacion y llena de prosperidades. Procuremos formar idea de estas verdades, que no son paradojas ni acaloramientos de una imaginacion exaltada. No solamente los católicos, sino aun los filósofos gentiles, han preferido como mas favorable á la práctica de las virtudes la desgracia. Aun hay otra consideracion que añadir, y es que las virtudes mas sublimes se ejercen en el estado de abatimiento mas bien que en el de prosperidad. Figurémonos á un rico desprendiéndose de una alhaja preciosa ó de una

parte considerable de sus riquezas en favor de un menesteroso, y consideremos á este mismo luchando con las miserias y prefiriendo parecer de hambre antes que cometer una accion infame, y veremos la grande diferencia que hay entre un hecho respecto del otro. En fin, el ejercicio de las virtudes en el fuego de la adversidad, brilla sin comparacion mucho mas que en un estado feliz. ¡Qué encantos no presenta aun á la vista de los hombres del siglo la jóven que ha sabido conservarse casta á pesar de los repetidos ataques de la opulencia, favorecidos por la miseria y por el hambre! Formemos, pues, el debido concepto de las adversidades de esta vida, para que no las temamos, sino que si es posible, las deseemos y prefiramos á la opulencia.

¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? Ve aquí, lector católico, corrido el velo de la grandeza que pretendia para sus dos hijos la muger del Zebedeo. La verdadera elevacion y el verdadero heroismo, consiste en sacar valor del seno mismo de las desgracias, y recibir con cada golpe que pretende darnos, la muerte. Mas esto solo corresponde al verdadero cristiano: su virtud es la sola que disipa las fantasmas del heroismo. Las adversidades son muchas; los que saben tolerarlas muy pocos. Acostumbrados á no apreciar sino lo que alucina, no advertimos mas que miseria y afrenta en medio de los acaecimientos mas oportunos para purificar el alma y exaltarla. En vano nos dice la religion que la verdadera dicha está entre los que lloran y son calumniados; entre los que cargan su cruz y beben su cáliz: nosotros desechamos estas imágenes como demasiado odiosas, y nos fijamos en el lujo y vanidad, donde todo parece que cautiva los ojos.

No es mérito acrisolado el que no se ha experimentado en los reveses de las adversidades. Es necesario la piedra de toque para conocer el oro, el crisol para purificarle y el martillo para trabajarlo. Las aflicciones son indispensables para purificar los defectos. Nos complacemos en el centro de los placeres; pero no nos conocemos sino en medio de las tribulaciones: los bienes nos aficionan, los honores nos enagenan, los amigos nos interesan; tarde ó temprano, al fin se llegan á romper estos vínculos, y entónces el hombre no tiene mas que él solo con quien puede ocuparse: despues de haberlo perdido todo se encuentra; y al encontrarse, sondea su corazon, conversa con su alma y se eleva hasta Dios. Entónces sí que los sentidos ya no le son traidores favoreciendo á las pasiones; su imagina-

cion ya no es manantial de ilusiones, que lo engañan, y su cuerpo no le da ya respuestas de sensualidad: todo lo que le rodea le persuade la nada de esta vida y la realidad de la otra. Esta es la razon porque la adversidad ha sido siempre la escuela de la sabiduria y de la religion. Todos los Santos se han formado en ella; de modo que cuando el cielo parece los exceptuaba de las austeridades, ellos se las imponian. Las lágrimas que se derraman en las calamidades, son el espejo donde el alma se conoce y conoce sus obligaciones.

Jesucristo, que sabe lo que es el hombre, no nos enseñó á reir, ni á juzgar, ni á enriquecernos; pero sí á que nos renunciemos á nosotros mismos y llevemos continuamente nuestra cruz. Basta reflexionar un poco para saber el motivo. Nadie ignora que las risas disipan, los teatros engañan, los juegos esclavizan, las riquezas endurecen, y la afliccion nos acerca á la humanidad.

Es mas compasivo de los males de sus hermanos el que mas los ha sufrido: se pone en su lugar, le procura los alivios que el querria haber tenido, y se cree revivir en ellos cuando, les hace bien. El cielo nunca está mas sereno que despues de las tempestades, y nosotros nunca somos mas afables y benignos que despues de haber padecido infortunios. Estos son una escuela excelente; y aquel que sin lamentarse ni ponerse pálido sabe triunfar de él, es verdaderamente cristiano.

¡Qué grandeza la de un Job en el muladar! ¡Qué flaqueza la de un Salomon en el trono! En este enorme contraste vemos de un golpe la diferencia de los honores y de las humillaciones. Si no consideramos mas que el barniz del mundo y la superficie brillante de las cosas, se apodera el encanto de nuestros espíritus, y al instante nos alucinamos; pero si levantamos la primera corteza, temblaremos al ver los vicios y miserias que se abrigan en su seno. El mundo no es mas que un túmulo erigido por nuestras pasiones, magníficamente decorado por defuera; pero por dentro no encierra mas que un miserable esqueleto. De aquí es que la adversidad nos enseña á juzgar de este modo de todo lo que nos adula y engaña; y arrancándonos de los brazos del placer y del deleite, nos hace entrar dentro de nosotros mismos, donde estamos obligados á vivir y á conversar. La prosperidad nos une en cierto modo con todo lo que debe sernos extraño; pero la adversidad nos separa de ello, y nos une con Dios, á quien encontramos en el seno de nuestras almas.

El hombre, siempre amigo de lo maravilloso y consiguientemente

te de la ilusion, obra como si el mundo fuera eterno, y como si él mismo no tuviera fin; hasta que algun reves ó infortunio le persuade de la nada de las cosas terrenas. Se piensa cuando se ha perdido un empleo, que se puede perder igualmente la hacienda, los amigos y la salud; y este pensamiento nos precisa á inferir que acá abajo nada hay estable, y que las riquezas y dignidades no son la dicha que precisamente hemos menester. Nuestra alma, cuya situacion natural es la elevacion, nunca se halla mejor que en el duro regazo de la adversidad; entónces usa de todo su imperio, y mira alegremente á los sentidos, á quienes menosprecia en la desnudez y abatimiento. Somos mas pobres en el interior cuanto somos mas ricos. La razon se evapora, la religion se desprecia cuanto las pasiones se fortalecen, y se pierde de profundidad cuanto se gana de superficie.

Parece que la verdad no tiene cara para dejarse ver cuando se padece. Tomando entónces un tono de autoridad, nos reprende nuestro amor á la delicadeza y á los placeres, y nos enseña que no se debe confiar ni en el dinero, ni en la fama, ni sobre la gran reputacion, ni en los auxilios del talento, ni sobre las fuerzas de la complexion: nos manifiesta que todos los estados siempre son deleznales y quebradizos, y que solo en Dios, que se halla en todas partes, debemos poner nuestra esperanza y apoyo.

Muchos creen que el valor consiste en una especie de estoicismo ó insensibilidad, y es un error. Cuanto mas se siente la gravedad y extension de los males, tanta mayor magnanimidad es el triunfar de ellos. La grandeza del alma consiste en sentir las aficciones, haciendo de ellas un mérito para con el Remunerador eterno. ¡Qué grande obra es unir uno sus tribulaciones á las de los justos, y á las del mismo Jesucristo! ¡Sufrir los mas agudos dolores y estar como imposible! ¡Morir á los placeres y honores del mundo, y revivir con mas esplendor! ¡Tener su cuerpo en medio de tantos objetos, y olvidarles! ¡Cerrar los ojos á la vanidad del siglo, y no ver mas que la felicidad eterna, toda espiritual y divina!

El alma se disipa siguiendo el torrente del mundo. Se halla tan distraida en medio del torbellino que la agita, que unas veces no hace mas que medio pensar y otras solo medio querer; y al contrario, se recoge y usa de todas sus facultades cuando la persigue y aflige la suerte. Las adversidades dan lustre á las virtudes: la piedad se deja ver mas eminente; la humildad mas sincera, la sabiduría mas modesta, y la constancia mas sólida. El cielo no es sino pa-

ra los que lloran y se hacen violencia. Fuera de esto, cuando uno se deja vencer de las adversidades, no hace mas que recrecer sus penas. El desfallecimiento y la desesperacion son los mayores males, y es imposible en este valle de lágrimas no padecer reveses y desdichas. Esta es nuestra herencia: buenos y malos participan de ella; con la diferencia de que los últimos sufren toda su amargura, y los primeros no, porque para estos es el cáliz de Jesucristo.



EXPLICACION DE LAS ESTAMPAS DEL FRENTE.

Juésves de la segunda semana de Cuaresma.—Parábola del rico avariento y el mendigo Lázaro.

Viernes de la segunda semana de cuaresma.—Parábola de los labradores que matan al hijo del dueño de la viña.

Sábado de la segunda semana de Cuaresma.—Parábola del hijo pródigo.

Domingo tercero de Adviento.—Lanza Jesus al demonio del cuerpo de un mudo, y cuando le hubo lanzado, habló el mudo y se maravillaron las gentes.—*San Lucas, cap. II.*

Juésves de la segunda semana de Cuaresma.

PARA el introito de la misa de este día ha escogido la Iglesia el principio del Salmo LXIX, el cual es una súplica interesante que la Iglesia pone a la cabeza de todos sus oficios, con la cual pide á Dios su asistencia y ayuda: dándonos á entender con esto la extrema necesidad que tenemos de la gracia, sin la cual ninguna accion, por loable que sea, puede ser meritoria al Señor. *Mirad, Señor, la necesidad que tengo de vuestra ayuda; daos prisa de venir á ayudarme. Cubrid de confusion y de vergüenza á los que buscan mi alma para robármela. David dirige á Dios esta oracion en el tiempo que se ve perseguido por su hijo Absalon. El fin de la Iglesia al mostrarnos estos Salmos no es otro, que el de inspirarnos un nuevo pesar y un mayor arrepentimiento, recordándonos que no ha habido vez que no hayamos pecado, que no nos hayamos rebelado contra un Dios, que es nuestro Criador, Redentor y amable Padre.*

La Epistola se ha tomado de la profesía de Jeremías al capítulo



Juésves de la 2.ª semana de cuaresma.



Viernes de la 2.ª semana de cuaresma.



Sábado de la 2.ª semana de cuaresma.



Domingo 3.º de cuaresma.

XVII, donde amenaza á los judíos con la pérdida de sus bienes, y con la ruina de su país, porque se olvidaban del Señor, abandonándolo y recurriendo á los hombres. Maldice al hombre que pone su confianza en otro hombre: dánfonos á entender en lo que pasaba con los judíos, la demasiada confianza que tambien nosotros pone-mos en la ayuda y socorro de los hombres, no recurriendo al Señor.

Jeremías acababa de echar en cara á los judíos su impiedad y su irreligion, las que llegaban hasta el extremo de hacer ostentacion de sus mayores delitos. El pecado de Judá, les decia, está escrito en vuestro corazon, y en los cuernos de vuestros altares, teniéndolo como trofeo de vuestros desórdenes para que nadie pudiese ignorarlos. Ni aun disimulaban su idolatría, ni se avergonzaban de ella, ni temian el castigo; antes por el contrario, se gloriaban de ella, y en cierto modo buscaban como hacer pasar su memoria á la posteridad por medio de inscripciones. Sus hijos, dice el Profeta, han grabado en su memoria sus altares y sus grandes bosques, consagrados á las divinidades paganas. Esto es lo que irritó tanto el enojo de Dios contra ellos. *Esto dice el Señor, exclama el Profeta: maldito el hombre que pone su confianza en el hombre.* Porque á la verdad, esas medidas tan bien tomadas, esos resortes, esos apoyos buscados y conservados con tantos artificios, son fundamentos sobre arena. En vano, dice el Profeta, tomáis unas precauciones que la prudencia de la carne os sugiere; á quien debéis únicamente recurrir es á Dios; en su socorro debéis únicamente poner vuestra confianza; porque el hombre que pone su confianza en un brazo de carne, y que aparta de Dios su corazon, será semejante al Tamariz del desierto, se verá abandonado y solo, se secará como un arbusto plantado en un terreno salitroso é inhabitable. El Tamariz silvestre de que habla aquí Jeremías, tiene siempre un verde pálido, y por mas que llueva, siempre está seco: árbol inútil, fruto que para nada es bueno. Por este conozcamos el auxilio que la humanidad nos puede dar siendo semejante á este árbol. No así el que pone en Dios toda su confianza, porque este sí es verdaderamente dichoso: es semejante á un árbol fructífero, plantado en un terreno excelente y regado continuamente con agua de pié, que no teme ni á la sequedad ni á la escarcha; cuyas hojas no pierden jamas el verdor de la primavera; cuyos frutos son de un sabor exquisito.

Pocos corazones hay que no se parezcan al Tamariz silvestre, corrompidos, aunque el disimulo oculté su corrupcion; pero yo, dice

Dios, soy un Señor que sonda los corazones, que desenvuelve todos los pliegues y que revela todos sus misterios. No me dejo deslumbrar por esas exterioridades y apariencias engañosas; y así no recomendaré sino la verdadera virtud y el verdadero mérito.

El Evangelio de este dia es la historia del rico avariento y del pobre Lázaro. Habia un hombre rico, decia el Salvador á sus discípulos, que se vestia de púrpura y de lino muy delicado, no negando nada á sus sentidos, teniendo todos los dias suntuosos banquetes, gozando de sus placeres, y pasando todos los dias entre delicias; al mismo tiempo un pobre llamado Lázaro, cubierto todo de llagas, estaba tendido á la puerta del rico; pidiendo de limosna las migajas que caian de su mesa; dichoso si hubiera podido tener este bello socorro para saciar el hambre, y mas bien para retardar su muerte, que para conservar su vida; pero no habiendo quien se compadeciese de él, el único alivio que recibia en su extremada miseria, era el venir algunas veces los perros á lamerle las llagas. El contraste y paralelo de estas dos condiciones tan diferentes está bien á la vista: ¡qué diferencia entre estas dos vidas! Pero en fin, la muerte viene pronto á terminar las delicias del uno y las miserias del otro; ¡pero qué diferentes las suertes que caben á entrambos! Lázaro muere en su pobreza; pero su muerte es preciosa á los ojos de Dios, y los Angeles llevan su alma á aquel lugar de paz y de gozo, exento ya de las miserias de la vida. El rico no le sobrevivió mucho tiempo: vino la muerte en medio de sus mas bellos dias, y dió fin á su deliciosa vida. Muere este rico, y su cuerpo tan acostumbrado al regalo y á la delicadeza, ahora viene á ser presa de la podre y de los gusanos; el alma que hasta entónces era esclava de los sentidos y del cuerpo, ahora es arrojada al infierno, para ser eternamente presa de las llamas. Entónces de lo mas profundo del infierno vió ese desventurado al patriarca Abraham, y á Lázaro tan resplandeciente como el sol al lado de este patriarca. Este espectáculo aumentó sus penas y su desesperacion. En lo mas fuerte de sus tormentos se encará con Abraham, y con gritos lamentables, efectos del mas vivo dolor y de la mas cruel desolacion, le hizo esta súplica: Abraham, tú que me ves en este lastimoso estado, ten compasion de mí, y envíame á Lázaro, para que mojando la punta de su dedo en el agua, deje caer una sola gota en mi lengua, que está hecha un fuego. Mas Abraham respondiéndole, le dice: Acuérdate que toda tu vida has vivido entre delicias, y que al contrario Lázaro ha estado continua-

mente padeciendo. Ahora todo se ha trocado; una felicidad llena, un gozo inalterable es la herencia de este pobre á quien trataste con tanta dureza, y la tuya es un agregado de todos los tormentos del abismo; no esperes que él te dé jamas el menor alivio. Los escogidos no tienen comercio alguno de caridad con los réprobos; toda comunicacion está prohibida entre ellos. Tú ardes y arderás para siempre, sin recibir el menor refrigerio. A lo ménos, replicó este rico desventurado, envíalo siquiera á la casa de mi padre, para que advierta á mis cinco hermanos el estado en que me hallo, para impedirles el que vengan á arder conmigo en este lugar de tormentos, donde sus suplicios atumentarían los míos; pues su triste suerte seria el fruto de mis malos ejemplos. Les basta, dijo Abraham, tener los libros de Moises y de los Profetas; no tienen que hacer otra cosa sino poner en ejecucion lo que estos maestros les dicen: oiganlos y se salvarán. No, replicó el desventurado, con esta sola ayuda no se harán mas cuerdos; pero si algun muerto se les aparece, y les representa este lugar de tormentos, se horrorizarán y se convertirán. Te engañas miserablemente, le respondió Abraham, si no quieren oír la voz de Dios, ¿darán mas crédito á la voz de una fantasma? Y si los hombres han llegado al extremo de no hacer caso de las divinas Escrituras, ¿les hará mas fuerza el testimonio de los muertos?

La Epístola es del capítulo XVII del profeta Jeremías.

Esto dice el Señor Dios: Maldito sea el hombre que confía en otro hombre, y no en Dios, y se apoya en un brazo de carne, y aparta del Señor su corazón. Porque será semejante á los tamariscos del desierto; y no se aprovechará del bien cuando venga, sino que permanecerá en la sequedad del desierto, en un terreno salobre é inhabitable. Bienaventurado el varon que tiene puesta en el Señor su confianza, y cuya esperanza es el Señor. Porque será como el árbol trasplantado junto á las corrientes de las aguas, el cual extiende hácia la humedad sus raices, y no temerá cuando venga el estío. Y estarán verdes sus hojas, ni le causará mella la sequedad, ni jamas dejará de producir fruto. Perverso es el corazón de todos, é impenetrable: ¿quién podrá conocerle? Yo soy el Señor que escudriño los corazones, y el que examino los afectos, y doy á cada uno la paga segun su proceder, y conforme al mérito de sus obras, dice el Señor omnipotente.

El Evangelio es del capítulo XVI de San Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á los Fariseos: Hubo cierto hombre rico que se vestia de púrpura y de lino finisimo, y tenia cada dia espléndidos banquetes. Al mismo tiempo vivia un mendigo llamado Lázaro, el cual cubierto de llagas yacia á la puerta de este, deseando saciarse con las migajas que caian de la mesa del rico; mas nadie se las daba; pero los perros venian y lamianle las llagas. Sucedió pues que murió dicho mendigo, y fué llevado por los Angeles al seno de Abraham. Murió tambien el rico, y fué sepultado en el infierno. Y cuando estaba en los tormentos, levantando los ojos vió á lo léjos á Abraham, y á Lázaro en su seno; y exclamó diciendo: Padre Abraham, compadécete de mí, y enviame á Lázaro, para que mojado la punta de su dedo en agua, me refresque la lengua, pues me abraso en estas llamas. Respondióle Abraham: Hijo, acuérdate que recibiste bienes durante tu vida, y Lázaro al contrario, males; y así este ahora es consolado, y tú atormentado. Fuera de que, entre nosotros y vosotros está de por medio un abismo insondable: de suerte que los que de aquí quisieren pasar á vosotros no podrían, ni tampoco de allí pasar acá. Ruégote pues, ó Padre, replicó el rico, que lo envíes á casa de mi padre, donde tengo cinco hermanos, á fin de que los aperciba, y no les suceda á ellos el venir tambien á este lugar de tormentos. Replicóle Abraham: Tienen á Moises y á los Profetas; escuchenlos. No, dijo él, ó Padre Abraham; pero si alguno de los muertos fuere á ellos, harán penitencia. Respondióle Abraham: ¡Si á Moises y á los Profetas no los escuchan, aun cuando uno de los muertos resucite, tampoco le darán crédito.

MEDITACION.

Sobre la deferencia y docilidad á la palabra de Dios.

Considera que de tal modo debemos recibir las amonestaciones que se nos hacen en los libros sagrados para la reforma de nuestra vida, que, dándoles toda la estimacion que se merecen, á ninguna otra cosa debemos atenernos, ni juzgarla como de mayor influjo que la palabra de Dios. No son los hombres los que nos hablan en las Santas Escrituras; es el mismo Dios el que nos dirige la palabra, aunque sea por medio de los hombres; porque estos hombres no hablan de sí mismos, sino que nos dicen lo que Dios les inspira, y no

hablan en nombre propio, sino en nombre de Dios. ¿Y qué otra cosa nos dicen sino lo que quería el rico avariento que dijera á sus hermanos un muerto que se les apareciese? Solo podia decirles que por experiencia sabia que todo lo del mundo es vano: que los males de la vida son tolerables: que no hay verdadero mal mas que el pecado y su castigo eterno: que el que vive mal por lo comun muere en pecado: que el que así muere se condena: que las penas del infierno son terribilísimas: que el fuego es eterno: que la pena de daño nos hace perder á Dios para siempre, y que esta pérdida es la mas horrenda desgracia que puede suceder al hombre. Y bien; ¿qué, todo esto no se nos dice en las Santas Escrituras? ¿Qué desengaños de la vanidad del siglo no hallamos en los libros sapienciales? ¿Qué reglas de moralidad no hallamos en los mismos libros y en todo lo que forma la ley, ya en el Antigo Testamento, y ya con mucha mas abundancia y perfeccion en el Nuevo? ¿Qué conminaciones, qué funestos anuncios, qué amenazas no encontramos en los Profetas y en el Evangelio? ¿Qué nos deja de decir la revelacion acerca de nuestras postrimerías, de la muerte en pecado, de la condenacion, de las penas eternas? ¿Pues para qué queremos que nos lo diga un muerto aparecido? ¿Será acaso porque lo haya visto? Y bien, ¿quién verá mas, un infeliz condenado, ó un Dios que todo lo sabe y tiene la bondad de hacérmolo saber á nosotros para que evitemos nuestra desgracia? Oigamos á este Dios, temamos sus castigos, y ya habremos conseguido evitar nuestra ruina, si oyéndolo reformamos nuestra vida y costumbres.

Considera que es asimismo vano y engañoso el persuadirnos que el espanto de la aparicion de un muerto sea bastante á hacernos mudar de conducta, cuando las amenazas de Dios y los terribles castigos que sabemos ha ejecutado en los ángeles y en los hombres no nos mueven á penitencia. ¿Por ventura puede haber cosa de mayor pavor que ver arrojados á las llamas eternas á millones de ángeles por el brazo poderoso de un Dios enojado? ¿Ver por igual causa sumergidos á los hombres todos en un abismo de males; y á la muerte desoladora reduciendo á cenizas á los míseros descendientes de Adán, y enviando á las almas á su eterno destino? ¿Ver anegado al mundo en las aguas del diluvio; abrasadas con un fuego del cielo cinco ciudades; privados de existencia todos los primogénitos de una nacion entera por un ángel exterminador; y por otro muertos en el campo ciento ochenta mil combatientes? Pero ¿para qué es

cansarnos en referir mas y mas ejemplares de los efectos de la ira de Dios, cuando se está viniendo á los ojos la reflexion que buscamos, y es que sobran objetos del mayor terror para convertir á los hombres, que es el fin con que Dios nos pone á la vista estos ejemplares terribles; pero que no obran en nosotros el efecto que deben, porque el endurecimiento de nuestros corazones hace que esté nuestra fé casi extinguida, y que opongamos una resistencia tan funesta á la gracia, que ni con la misma presencia de la muerte que ya va á hacernos exhalar el último suspiro, cede ni se doblega. ¡Oh fatal obstinacion! ¡Oh ceguedad irremediable! El hombre sabe todo esto, sin poderlo dudar: en la serie de su vida se ha visto muchas veces amagado del rayo abrasador, ó á punto de ser sorbido por las olas del mar embravecido, ó sepultado bajo las ruinas del terremoto, ó cubierto de la lava volcánica, ó postrado en el lecho del dolor y la muerte, ó librada su mísera existencia al golpe de una bala ó de un acero; pero nada le mueve: se aterra, se sobresalta, tiembla en los momentos del peligro: clama, pide misericordia, implora el perdon de sus culpas; y apenas pasa el trance, cuando vuelve á sus vicios y desórdenes. ¡Ah, que mientras no docilite su corazon, mientras no se convierta seriamente, mientras no sea constante en su propósito, el amor y el terror, el beneficio y el castigo serán para él inútiles, y solo servirán para reagravar su impenitencia y hacer mayor su pena en el infierno!

PETICION Y PROPÓSITOS.

Ten gran cuidado en ver con suma veneracion y aprecio las santas Escrituras, y en no dejar que se debilite ni se ofusque tu fé. Para esto importa mucho que tus costumbres sean puras é inocentes; pues tal será tu fé cual sea tu conducta. Incóncite el temor santo de Dios, teniendo bien presente que es el principio de la sabiduría, y que esta sabiduría no es otra que el arte de salvarse obedeciendo á Dios, imitando á los Santos, corrigiendo tus faltas y procurando adquirir las virtudes propias de tu estado. Jamas resistas á las correcciones de tus padres y superiores: sé dócil á la voz del ministro de Dios y de la persona caritativa que ejerza contigo la correccion fraterna. Esto es oír á Moises y á los Profetas, quiere decir, hacerse obediente á la voz de Dios que nos ordena lo que

conduce á nuestra salvacion. Sea, pues, esta tu peticion á aquel Señor de quien nos viene todo santo desco y buena disposicion.

JACULATORIA.

Haced, Señor, que tenga yo en mi corazon aquellas orejas de oír que exiges, para que sea atendida tu palabra.

LECCION.

Sobre el infierno.

El verdadero cristiano, sin meterse en la disputa sobre la naturaleza del fuego que atormenta á los demonios y á los condenados, sabe y no duda, que Dios, Ser Supremo y omnipotente, puede unir nuestra alma á la sustancia del fuego, como está ahora unida á nuestro cuerpo, ó que puede hacerla sentir toda la actividad de la llama mas viva, y mas ardiente aun sin la presencia del fuego. Hay mas: le basta para creerlo estas solas palabras: *Id, malditos, al fuego eterno.* Ve aquí decidida la cuestion por el mismo Jesucristo. Él pronunció estas terribles palabras, y él tambien en el Evangelio de hoy nos dice: "*Habiendo muerto el rico, fué sepultado en el infierno;*" y nos lo representa como un hombre cruelmente atormentado por las llamas. La sentencia está pronunciada; ella es irrevocable. ¿Y contra quienes se ha dado? Contra los que no han querido socorrer á los pobres en sus necesidades, y contra todos los que no hayan obedecido su ley. ¿Qué imágen tan formidable se ofrece á nuestro espíritu! El réprobo sin consuelo, sin esperanza y sin remedio, no tendrá sino remordimientos, los mas atroces arrepentimientos y dolores enteramente perdidos é inútiles: sus ideas, la de la justicia eterna de un juez inflexible, y su compañía la de los condenados y demonios. Querrá incessantemente salir de este estado horroroso, y sin cesar se verá arrojado en él: un gusano interior lo confundirá y devorará. Trastornadas y suspensas todas las facultades de su alma, le hará morir á cada instante, dejándole siempre vivir. Solo verá horrores que lo cercarán: horrores en su memoria que le acordarán toda la abominable individualidad de sus pecados: horrores en su imaginacion, que le pintarán toda la indignacion del Omnipotente, y todo lo que pierde en no verle: horrores en la voluntad, que ya no le inspira sino sentimientos de rabia y desespera-

cion. Ultimamente, el hombre réprobo será un ente armado contra sí mismo, y que hallará en su propio corazon un infierno igual al que le rodea.

Seria necesario poder comprender lo que es Dios para concebir qué tormento es el perderlo, sin esperanza de recobrarlo. Esta pérdida nos mueve poco mientras vivimos; pero se juzga muy de otro modo cuando efectivamente se palpa y se experimenta. Pensar eternamente que hubo un Redentor, y que no quisimos aprovecharnos del precio infinito de su sangre, pensar en el extremo con que nos amó el divino Hijo de Maria, y ver que ni le correspondimos ni podemos ya corresponderle, ¡y que ni él mismo nos ha de amar jamas: ¡cruel memoria! ¡suerte fatal! ¡desventura incomprensible!

Me he condenado, dice un réprobo, yo que tenia tantas razones y tantos medios para ser del número de los escogidos. Me he condenado; yo que he sido tan distinguido en la tierra por mi nacimiento, por mis empleos, por mis riquezas, por mis talentos; y he aquí que estoy confundido con todos los facinerosos, con la mas vil y mas infame canalla del universo: yo que fui creado entre delicias, y que no gustaba sino del deleite, estoy condenado para siempre á un fuego eterno; los tormentos son mi herencia; el infierno mi morada; los demonios mi compañía, y mi alimento la rabia. ¡Santo Dios, y pensamientos tan poco en lo porvenir!

Tener siempre delante de los ojos el bien infinito que se ha perdido: los males innumerables en que se ha caido, los medios fáciles y frecuentes que se tuvieron para evitarlos: la vanidad y la poca duracion de todo lo que nos apartó de Dios: las dulzuras inefables que hubiéramos hallado en su servicio; las penas y trabajos que sufrimos para condenarnos: la diferencia entre la duracion momentanea de ciertos inspidos placeres, y la duracion eterna de las penas que les siguen; ¡suplicio eterno! ¡Rabia sin fin! desesperacion sin término! ¡Ah! una triste experiencia nos hará conocer estos males, que aquí nosotros no hacemos mas que debilitarlos al quererlos describir. Aprovechemos ahora los momentos, y con un temor santo y saludable esforcémonos en evitar este abismo, en el que se hace sentir toda la justicia de un Dios. Si pensáramos con frecuencia que muchísimas personas que hemos conocido, que han vivido con nosotros, y que han habitado en nuestras mismas casas, se desesperan ahora en el infierno; en tal caso, poseidos de un santo horror y miedo, no nos ocupariamos sino en considerar los tormentos eternos.

Este terrible negocio será decidido prontamente, ó nosotros seremos eminentemente felices ó eternamente desgraciados; ó embriagados en el torrente de las delicias incomparables, ó sumergidos en el seno de los mayores infortunios: no habrá ya apelacion, no se conocerá la misericordia, no habrá lugar al rescate, ni tiempo para el regreso. ¡Cuánto nos importaría descender á mentado con la consideracion á aquellas cavernas y calabozos formidables y devoradores, y figurarnos el estado infelicísimo de una alma que ya no tiene comunicacion con los santos: de una alma degradada de todos los títulos, privilegios y prerogativas del cristiano: de una alma que ha inutilizado y conculcado el precio de la redencion: de una alma que por sus negligencias, descuidos y profanaciones, ha cambiado la misericordia en justicia, los beneficios en castigos, el amor en odio, la clemencia en indignacion, la hermosa libertad en una penosa servidumbre, en fin, la morada del empirio en las cavernas del abismo; de una alma, finalmente, que bajo la maldicion y anatema eterno, no tienen ya que esperar sino pesares, aflicciones, desesperacion, tinieblas y suplicios inesplicables.

La religion nos repite y presenta á cada instante estas verdades que deberiamos no olvidar jamas; pero acostumbrados á formar una falsa idea de Dios, á quien confundimos con nuestra flaqueza, pensamos faltar á su justicia por dar solo oidos á su clemencia. Esta ilusion, que degrada á Dios y le atribuye nuestras pasiones, es sin duda la mas peligrosa. Dios no puede dejar de ser justísimo y verdadero; y como no nos ha dado la vida presente sino para merecer, nosotros seremos eternamente enemigos suyos, si tenemos la desgracia de morir en pecado mortal. Todas nuestras reflexiones y discursos no pueden alterar este decreto. ¿Cómo, pues, siendo la existencia del infierno uno de los artículos de nuestra Fé, vivimos en la indolencia? ¿Creerán que le hay esas personas que viven tranquilamente en el regalo y en el pecado? ¿Esas mugeres para quienes el mundo es un ídolo? ¿Esos libertinos cuya vida es una cadena de pecados, que se burlan de las mas santas prácticas de devocion, del mismo infierno y de los que le temen? Esas gentes de delicias que pasan su vida en un olvido constante de Dios, que solo tienen una ligera superficie de religion, ¿creerán que hay infierno y que sus penas son eternas? Grabemos nosotros fuertemente en nuestra alma la idea de tan terrible verdad, para no experimentar después de la muerte lo que no quisimos meditar en la vida.

Viernes de la segunda semana de Cuaresma.

El introito de la misa de este dia es del verso último del Salmó XVI, y dice: "Por lo que á mí toca, compareceré siempre puro á vuestros ojos, y no estaré plenamente contento, sino cuando es veré perfectamente glorificado; ó segun otra version, cuando me introduciréis en vuestra gloria. Así acaba David este Salmó, que compuso durante la persecucion de Saúl, y tiene por título: *Oracion de David*, porque este profeta ora en él á Dios con una confianza y un fervor particular; y es un modelo de una perfecta oracion. David se queja vivamente en él de la injusticia de sus perseguidores, y de las calumnias que se le imputan; y como está seguro de su inocencia, apela al soberano Juez, y lo pone por testigo de la rectitud de su corazon y de sus intenciones. Esta oracion conviene perfectamente á Jesucristo, calumniado y perseguido cruelmente por los judíos, sin embargo de los muchos beneficios que les habia hecho, y de la evidencia de su inocencia. Conviene sobre todo al oficio de este dia, que nos representa tambien bajo dos figuras al Hijo de Dios, maltratado y desechado por los hombres, á quienes habia sido enviado por el Padre Eterno. La una de estas figuras se ha tomado del Génesis, de la persona de José, hijo predilecto del patriarca Jacob, enviado á sus hermanos y vendido por ellos á los Gitanos; la otra es del Evangelio, donde se cuenta la parábola de un padre de familias, que habiendo enviado su propio hijo y heredero de su reino á unos vasallos rebeldes, lo vió todavía mas maltrato por ellos que lo habian sido los criados y ministros, que les habia enviado de antemano para ponerlos en orden y reducirlos á su obediencia. La historia de José, figura de Jesucristo, es la materia de la Epístola de este dia.

José, hijo de Jacob y de Raquel, el mas jóven de sus hijos, fué entre todos sus hermanos el mas amado de su padre; no solo porque lo habia tenido en su vejez, sino por su modestia, por su afabilidad, y porque era el mas hermoso de todos. Esta predileccion excitó contra él los celos y el odio de sus hermanos, el que se aumentó mas y mas con ciertos sueños que José les contó delante de su padre; y con el motivo de una túnica que el santo viejo le habia hecho de lino fino de varios colores, lo que jamas habia hecho con nin-